

MICROBETILISMO CALCOLÍTICO

CHALCOLITHIC MICROBETYLISM

JOSÉ LUIS ESCACENA CARRASCO

DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA Y ARQUEOLOGÍA. UNIVERSIDAD DE SEVILLA
GRUPO DE INVESTIGACIÓN TELLUS (HUM-949 DEL PAIDI)

✉: escacena@us.es

MIGUEL FLORES DELGADO

GRUPO DE INVESTIGACIÓN TELLUS (HUM-949 DEL PAIDI)

✉: miguel_fd_97@hotmail.com

ANALES
DE ARQUEOLOGÍA
CORDOBESA
NÚMERO 30 (2019)

RESUMEN

En el sur de la Península Ibérica existen yacimientos calcolíticos con colecciones de pequeños guijarros que no parecen herramientas de trabajo. Estas pequeñas piedras aparecen en contextos funerarios. Normalmente son alargadas, y muestran erosión fluvial. A veces conservan restos de pintura roja. Sus rasgos y contextos permiten interpretarlos como microbetilos.

Palabras clave: Península Ibérica, Calcolítico, betilo, prácticas funerarias.

ABSTRACT

In the south of the Iberian Peninsula there are chalcolithic sites with collections of small pebbles, but these are not work tools. These small stones appear in funerary contexts. They are usually elongated, and show fluvial erosion. Sometimes they preserve traces of red paint. Its features allow and contexts allow interpreting them as microbetyls.

Keywords: Iberian Peninsula, Chalcolithic, betyl, funerary practices.

1. INTRODUCCIÓN

La provincia de Córdoba ha suministrado ya varios ejemplos de sitios prehistóricos y protohistóricos donde se llevaron a cabo cultos betílicos, con presencia por tanto de elementos pétreos que pueden ser interpretados como evidencia de los mismos. En este ámbito más local, pero también en una extensa geografía atlán-

tica y mediterránea de la Península Ibérica, se han constatado innumerables piezas de muy distintos tamaños que pudieron cumplir la función de betilos. Sin embargo, no existe en la literatura especializada un estudio metrológico que permita atribuirles ese papel a las distintas versiones según su tamaño. De hecho, los menhires pueden considerarse, en parte, manifestaciones betílicas megalíticas; y ello a pesar de que no sea tradición arqueológica llamarlos así y aunque algunos evoquen formas fálicas. A la construcción funeraria de Casas de Don Pedro (Belmez) precedió un monumento construido con grandes piedras donde quedaron reflejados perfectamente rituales neolíticos del tipo que ahora analizamos. Antes de ser una sepultura, algunos de sus ortostatos se habían erigido verticalmente como piedras de la divinidad, formando una estructura básica que pudo ser primero de tipo crómlech. En relación con esta manifestación de culto, allí se llevaron a cabo acciones rituales sobre un pavimento de color rojo (Gavilán y Escacena 2009: 333). Este ejemplo de Casas de Don Pedro no representa un *unicum*. En la provincia de Huelva, el Dolmen de Soto fue el resultado de un proceso similar. En dicho enclave existió primeramente un gran complejo megalítico levantado con grandes bloques de tendencia cilíndrica dispuestos en círculo, algunos de los cuales formarían parte más tarde del complejo funerario que hoy se visita (Bueno *et al.* 2008: 56 y fig. 14; Linares y Mora 2018: 127).

Comúnmente se han considerado betilos ciertos elementos líticos que, pulimentados o no por la acción humana, presentan superficies suaves y formas alargadas y/o redondeadas, siendo condiciones casi necesarias para catalogarlos como tales su mediano tamaño,

su carencia de huellas de uso como herramientas y la posibilidad de que estuvieran pintados de rojo. En la necrópolis calcolítica de Valencina de la Concepción (Sevilla), la tumba en cueva artificial de La Huera contenía un grupo de guijarros en granito y otras rocas que se han interpretado como “elementos betiloides”, siendo su forma relativamente redondeada (Méndez 2013: 305). En este caso no cuentan con pintura superficial, una carencia observada también en ejemplares procedentes de la entrada al Dolmen de Palacio IV (Polvorinos *et al.* 2001), en Almadén de la Plata (Sevilla). En cambio, estaba impregnado de colorante rojo el que formaba parte de los ajuares mortuorios del Dolmen de Alberite, en la localidad gaditana de Villamartín (Ramos y Giles 1996: 134-135). Son famosos, por otra parte, los nutridos grupos de betilos de las tumbas de Los Millares, en Santa Fe de Mondújar (Almería), asociados normalmente también a los accesos de las tumbas y con frecuencia colocados en un receptáculo construido ex profeso para alojarlos (Almagro y Arribas 1963: láms. CXLVII y CL). Todos estos últimos casos citados constituyen ejemplos de piezas que podrían considerarse de tamaño medio, que la tradición arqueológica especializada ha interpretado en ocasiones con el nombre genérico de “ídolos” (Almagro Gorbea 1973: 63). A veces la piedra se sustituye por barro, sin que lo obtenido deje de ser, en principio, representación de la divinidad, o más bien la divinidad misma. Es el caso paradigmático de los betilos procedentes del hipogeo funerario de Montelirio, en Castilleja de Guzmán (Sevilla), que se trataron exteriormente con pintura roja a base de cinabrio (Bueno *et al.* 2016: 380-382).

Aparte de la muestra megalítica y de la serie de betilos de tamaño medio, nuestra aportación a este tema presentará como una tercera variedad ejemplares mucho más pequeños. Este nuevo grupo exhibe las mismas características de los anteriores, por lo que sus componentes pueden interpretarse también como tales betilos. Es decir, carecen de trazas que denoten su empleo como herramientas, tienen superficies pulidas por erosión no antrópica, en este caso casi siempre de tipo fluvial, y a veces conservan restos de pigmentos rojos superficiales. Finalmente, su forma suele ser cónica o cilíndrica y su tamaño rara vez sobrepasa los 10 cm de altura. De esta modalidad, que denominaremos aquí microbetílica, también pueden citarse ejemplos en la provincia de Córdoba. Con ellos iniciaremos el cuerpo de datos del presente artículo, que no pretende ser un catálogo completo de los existentes sino un dechado de una realidad seguramente mucho más abundante y compleja.

2. MICROBETILOS CORDOBESES

Al no haberse propuesto antes el papel de betilos para estas piezas de tan pequeño tamaño, su presencia no ha sido advertida, como tales microbetilos, en tierras cordobesas. Pero un primer rastreo en este ámbito geográfico ha dado resultados positivos. Presentaremos a continuación unos cuantos datos al respecto que recogen solo algunos ejemplares de los muchos potencialmente existentes en los numerosos yacimientos calcolíticos de la provincia. Se trata simplemente de constatar su posible presencia y de contextualizarlos cronológica y culturalmente. Abrigamos así

la esperanza de que, al señalar su probable función ritual, en el futuro puedan valorarse con mayor precisión en el registro y vayan saliendo a la luz muchos más testimonios. De esta forma podrán abandonar el cajón de sastre en que a veces se les ha colocado, en algunas ocasiones como alisadores-bruñidores y en otras como herramientas para percudir, o más frecuentemente como simples guijarros alargados con función desconocida. De paso, contribuimos a remarcar su presencia en la Edad del Cobre del Guadalquivir medio y a reconocer la gran labor desempeñada por la revista *Anales de Arqueología Cordobesa* en sus fecundos treinta primeros números de vida.

En el yacimiento de Sierra Palacios I, en la localidad de Belmez, se documentaron varias piezas en una intervención de urgencia (Gavilán 1986: 121-122). Una corresponde a una barrita de pizarra con evidencias de erosión fluvial, localizada en el nivel de superficie de la Cuadrícula A (Vera 1999: 311 y fig. 25, nº 10). Apareció fracturada, conservando una longitud máxima de 28 mm. Su contexto arqueológico está compuesto, entre otros elementos, por cerámica a mano e industria lítica tallada, en ambos casos datados en la Edad del Cobre. Un segundo ejemplar de este mismo yacimiento, reconocible también como probable microbetilo, es una pequeña placa alargada de pizarra. Se trata de uno de los pocos casos en que se ha constatado trabajo humano para fabricarla, pues se le dio forma mediante pulimento intencionado. Se halló igualmente en el nivel superficial, aunque en este caso en la Cuadrícula B (Vera 1999: 396 y fig. 43, nº 35). Conserva una longitud máxima de 15 mm. En este mismo contexto se documentó otra posible tercera pieza fracturada con abrasión pareci-

da y con 17 mm de tamaño conservado, de la que no se ha publicado dibujo (Vera 1999: 396). También de esta misma cuadrícula son otros dos elementos en pizarra procedentes de la denominada Unidad Sedimentaria 7 del Nivel 1. La mayor mide 47 mm y es de color gris, con señales de erosión fluvial. La menor, de tono rojizo y conservada completa, llega sólo a los 24 mm (Vera 1999: 433 y fig. 53, nº 327 y 328). Los contextos de todos los ejemplos recuperados en la Cuadrícula B se fechan en un momento correspondiente a la plenitud del Calcolítico (Vera 1999: 692)¹.

En la Cueva de la Murcielaguina (Priego) se han documentado diversos hallazgos prehistóricos, entre ellos dos posibles microbetilos. De éstos sólo se ha publicado el que muestra un grabado sobre una de sus caras. Se trata de un pequeño canto rodado de tendencia cilíndrica y sección oval, con casi 12 cm de longitud (Fig. 1). En su flanco “decorado” lleva un cuadrúpedo esquemático. La pieza se ha interpretado como alisador, con fecha atribuida al Neolítico Medio o Final por el diseño de la figura incisa y por la ausencia en el yacimiento de abundantes materiales más recientes (Gavilán 1985: 175). Esta cronología se ha asumido en otro estudio del animal representado y de su estilo artístico (Molina *et al.* 1999: 415). Sin embargo, de esa misma cavidad procede un vaso cerámico con decoraciones astrales que puede ser tanto neolítico como calcolítico (Escacena 2015: 52). Es posible que este microbetilo estuviera en su día pintado con ocre, ya que conserva

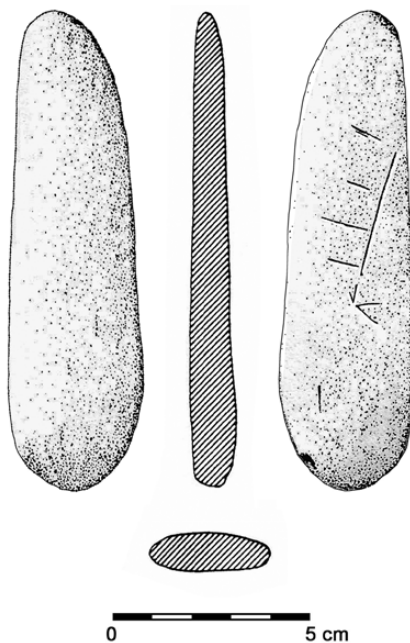


Fig. 1. Microbetilo procedente de la Cueva de la Murcielaguina. Ilustración tomada de Gavilán (1985: fig. 1).

restos de pigmento rojo por casi toda la superficie (Gavilán 1985: 173). El cuadrúpedo grabado podría ser una cabra o una cierva. Para la primera hipótesis las dos pequeñas líneas divergentes de uno de sus extremos podrían representar cuernos; para la segunda corresponderían a las orejas del animal.

3. PIEDRAHÍTA. UN EJEMPLO PARADIGMÁTICO

3.1. EL YACIMIENTO

El yacimiento de Piedrahíta se sitúa en una pequeña loma cercana la localidad sevillana de Montellano. En el sector de los hallaz-

¹ La publicación de Gavilán (1986) no incluye imágenes de las piezas. Sí incorpora dibujos la de Vera (1999), pero se trata de una obra disponible en Internet en un formato pdf que no permite imprimir ni copiar. Por eso no podemos incorporar aquí sus correspondientes representaciones gráficas.

gos, producidos en 2010 para la posterior urbanización de la zona, se pudo certificar la existencia de un yacimiento prehistórico y medieval ya detectado previamente por F. Collantes de Terán para la elaboración del *Catálogo arqueológico y artístico de la provincia de Sevilla* (Hernández Díaz *et al.* 1939 ss.), aunque no llegó a publicarse en esta obra por no completarse en su día la edición de todos los volúmenes. La documentación correspondiente a esta primera identificación del yacimiento se conserva en el archivo personal del referido investigador, hoy en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla por cesión de su familia². Collantes detectó unos silos ubicados al noroeste del casco urbano de Montellano, junto a la carretera que conduce al Coronil. Posteriormente, en la carta arqueológica de la zona se adscribe Piedrahíta también a la Edad del Cobre (Oria *et al.* 1990: 95). El área con restos arqueológicos tiene una superficie aproximada de 60 ha, extensión tal vez excesiva para un simple hábitat calcolítico pero no para una posible necrópolis comarcal. Como veremos, la documentación rescatada de este enclave es compatible precisamente con esta probable función. Tenida en cuenta en conjunto, sus paralelos suelen proceder de sepulturas. Hemos expuesto en otro artículo información detallada sobre estos hallazgos y sobre las circunstancias en que aparecieron y se recuperaron (Escacena y Flores 2019), por lo que prescindimos ahora de estos pormenores, no necesarios para el presente trabajo.

La fecha general del yacimiento puede reconocerse en su material cerámico. En este repertorio se han identificado cuencos en forma de casquete esférico, pero sobre todo platos de borde engrosado o almendrado. Se

ha documentado hasta ahora un único testimonio de vajilla campaniforme. A tales restos de alfarería pueden añadirse láminas de sílex, hachas pulimentadas en diferentes rocas y varias puntas de flecha. Se trata de elementos que pueden centrar la datación del sitio en el III milenio a.C. y comienzos del siguiente (**Fig. 2**). En Valencina, lugar donde se valoraron por vez primera los grandes platos como material típico de la Edad del Cobre por D. Ruiz Mata (1975), la cronología obtenida hace poco para esta producción cerámica se centra precisamente en el III milenio a.C., con presencia ya en su primera mitad según revela el hipogeo funerario de Montelirio (Bayliss *et al.* 2016: 498). Para el elemento campaniforme podemos señalar que algunos yacimientos andaluces han proporcionado fechas bastante antiguas (Molina *et al.* 2017: 261), pero otros enclaves prolongan su duración hasta comienzos del II milenio a.C. (García Rivero y Escacena 2015: 31).

Los materiales que vamos a estudiar aquí se hallaron en el rebaje del terreno realizado unos 10 m al norte del actual cementerio municipal de Montellano. En el talud de los trabajos de desmonte se constató una mancha negruzca de silueta tumular de la que parecían proceder todos los restos sacados a la luz por el trabajo de la maquinaria, que careció de vigilancia arqueológica. El nivel ceniciento presentaba una anchura en la base de unos 2 m aproximadamente y una altura en su parte central de unos 50 cm. Todo este pequeño montículo pudo estar forrado por una capa de guijarros de tendencia esférica de unos 5 cm de diámetro máximo, pues se conservaba una hilera que remataba el límite superior

² Archivo Collantes, caja 2.

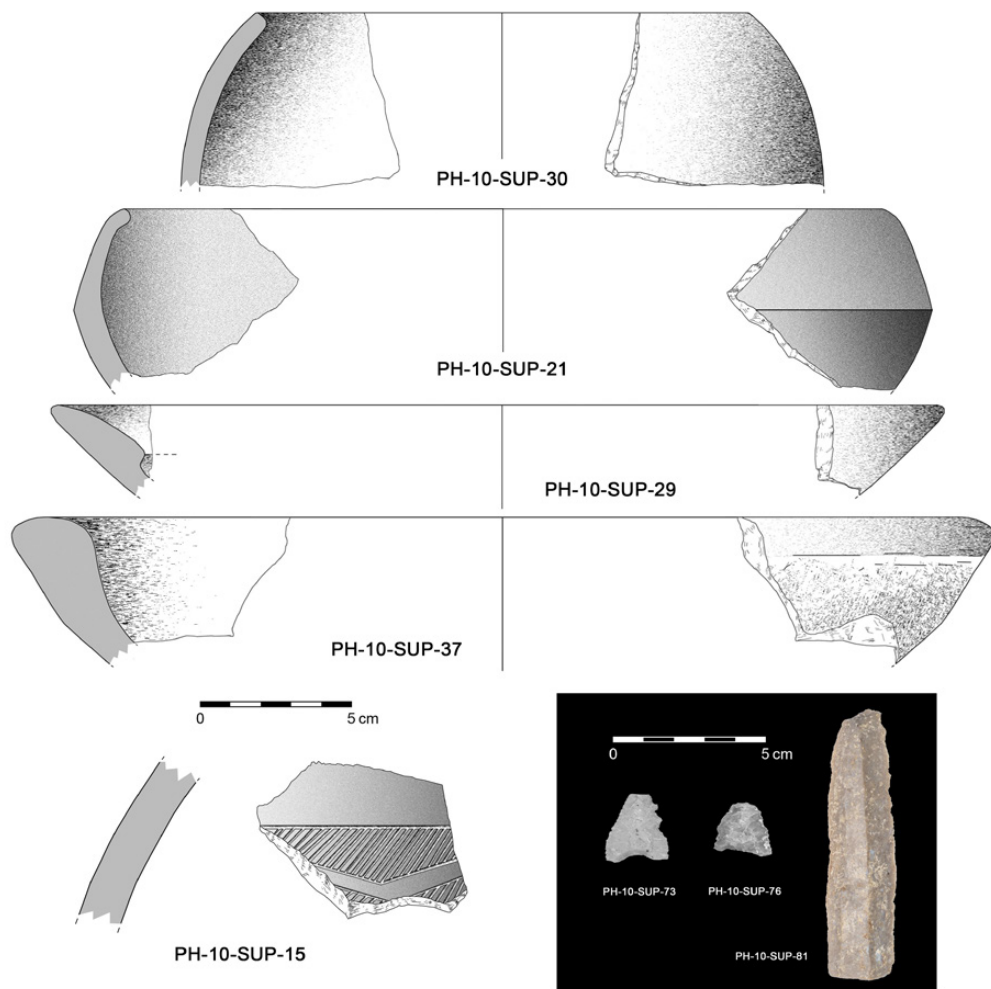


Fig. 2. Piedrahíta. Materiales arqueológicos de superficie. Cronología calcolítica.

de la estructura. La corona de esta pequeña elevación artificial se encontraba unos 60 cm por debajo del suelo actual del terreno. La tierra adherida al material arqueológico indica que todo él procedía de esta estructura, ennegrecida por acción de un fuego que dejó su huella también en algunas piezas líticas y óseas. Es posible que todos estos elementos se quemaran parcialmente en un episodio de

combustión que antecedió a la clausura final del depósito, procediéndose después a cubrirlo. Además, algunas de estas piezas quedaron manchadas de ocre por la presencia de glóbulos de almagra.

La documentación arqueológica de este hallazgo –en adelante “Conjunto 1”– consistía en varias figurillas esquemáticas de antropomorfos en gesto de oración, una abundan-

te cantidad de pequeños cantos rodados de tendencia cilíndrica que aquí interpretamos como microbetilos, diversos instrumentos líticos tallados o pulimentados, y, finalmente, algunos restos faunísticos. Las pequeñas figuras que consideramos personajes en gesto de oración no son frecuentes en el Calcolítico del Guadalquivir inferior, siendo en cambio más abundantes en el sureste de la Península Ibérica y en Andalucía oriental, como demuestran los datos publicados. Algunos de estos otros elementos también conservan restos de pigmento rojo.

3.2. EL CONJUNTO 1

Un elemento fundamental que permite interpretar como betilos los numerosos guijarrillos de este hallazgo es la presencia en el lote de varios orantes. Se trata de figurillas muy esquemáticas que aluden a personajes rezando, y por tanto con los brazos dirigidos hacia arriba. Estas pequeñas imágenes se conocen frecuentemente con el término de “idolillos”, en concreto de tipo almeriense (Almagro Gorbea 1973). Pero parece cada vez más claro que no aluden a dioses sino a meros seres humanos que precisamente dirigen a aquéllos sus peticiones. Por eso alzan los brazos en dirección al cielo. Imploran el favor de las divinidades o les agradecen peticiones ya concedidas; o bien simplemente les dedican preces (**Fig. 3**). En Piedrahíta se hallaron al menos doce figurillas de este tipo, elaboradas tanto en hueso (9 ejemplares) como en ciertas rocas (3 piezas). Precisamente interpretarlas como fieles que representan el gesto de la oración

permite descartarlas como dioses, y por tanto atribuir esta segunda función a otros elementos que se documentaron en el hallazgo: los pequeños elementos líticos de tendencia cónica o cilíndrica que aquí consideramos microbetilos. A éstos irían dirigidas, por tanto, las rogativas de los orantes.

Si esta hipótesis fuera correcta deberíamos considerar encarnaciones divinas los 86 pequeños cantos rodados localizados en el hallazgo, cantidad que pudo ser sólo parte del total ya que no se obtuvieron mediante una excavación reglada (**Fig. 4**). Casi todas las piezas están seleccionadas en material pétreo local, lo que indica que pudieron recogerse en las cercanías del yacimiento o en su comarca, tal vez en cauces de agua próximos ya que cuentan con erosión fluvial. De todos los ejemplares, solo uno presenta una ligera manipulación antrópica (PH-10-C1-51), consistente en un ligero pulimento intencionado en ambos extremos. Este hecho no es suficiente para reconocerle una utilidad previa como alisador, ya que es igual de lógica la posibilidad de que se hubiesen eliminado mediante frotación protuberancias inadecuadas para su función betílica. De ser así, las huellas de abrasión intencionada serían producto de la adecuación al arquetipo mental de quien ideó su rol sagrado, y no la consecuencia involuntaria de su empleo como herramienta de trabajo.

En su mayor parte, los betilos de Piedrahíta pertenecen al grupo de las cuarcitas. Sus colores van desde los tonos grisáceos claros a los blancuzcos;



Fig. 3. Piedrahíta. Conjunto 1. Orantes esquemáticos.

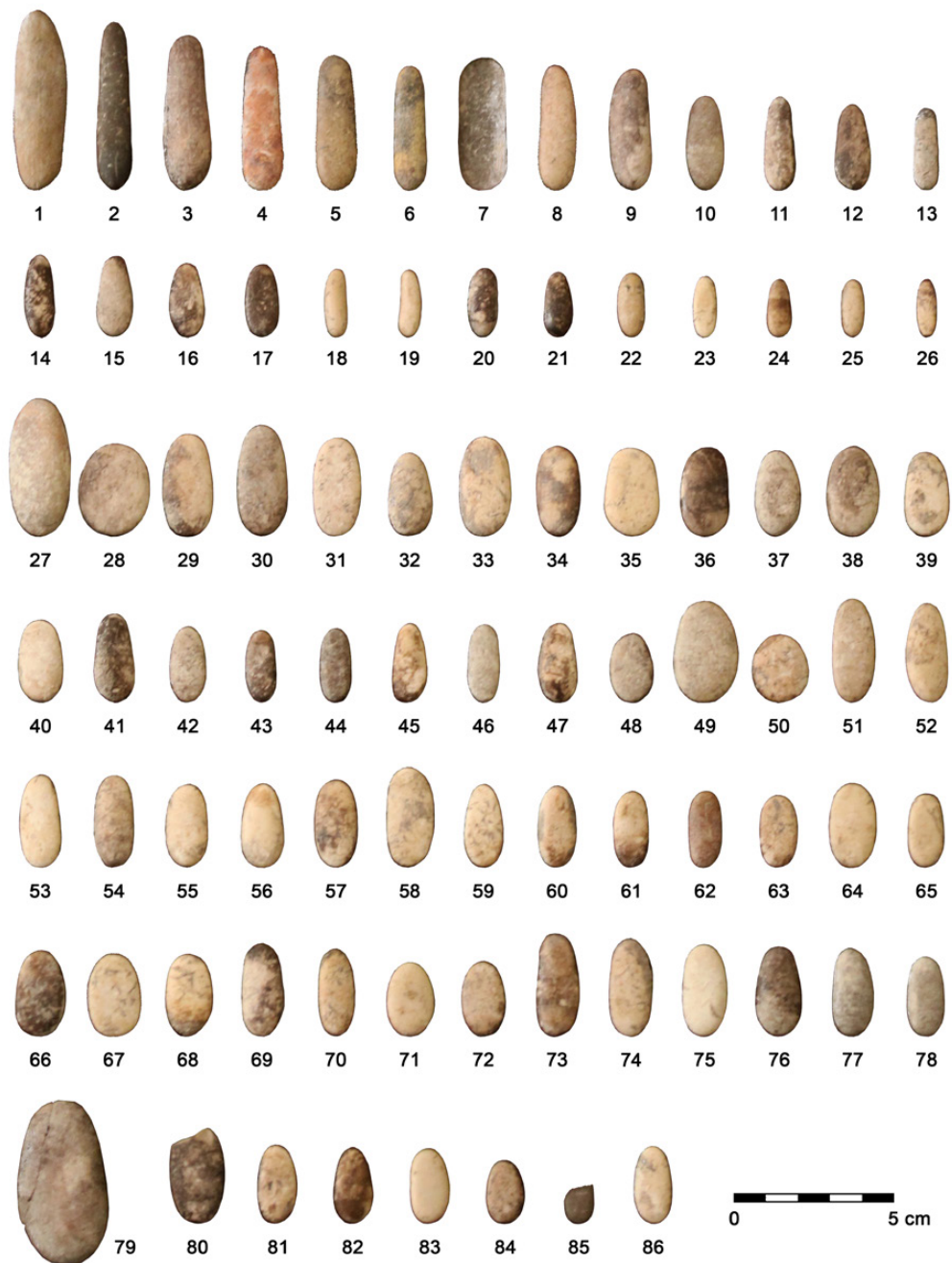


Fig. 4. *Microbetilos del Conjunto 1 de Piedrahíta.*

otros oscilan entre el castaño y el beis. Sólo una pieza es de tendencia rojiza, sin que pueda descartarse que esta coloración la haya adquirido por contacto milenario con los restos de almagra observados en el Conjunto 1 o incluso por un proceso de rubefacción por fuego. Algunos conservan claramente pequeñas motas de óxido de hierro como producto de una posible impregnación con esta sustancia. En el grupo hay piezas con una de sus caras ennegrecidas por su proximidad a una fuente de fuego o a cenizas y ascuas. Es en este flanco más oscuro donde se localizan los puntos de almagra, lo que revela que tal vez se espolvoreó dicha materia rojiza con posterioridad al momento en que se llevara a cabo un posible ritual de fuego (Tabla 1).

Además de los elementos destacados en primer lugar, del Conjunto 1 proceden diversos útiles líticos tanto tallados como pulimentados (Fig. 5). Se encontraban acumulados en el flanco oriental de la pequeña estructura tumular y directamente sobre el suelo en que ésta reposaba, a excepción de un hacha pulimentada fracturada que se localizó en la tierra desprendida por la maquinaria que realizaba el desmonte del terreno. Entre el material tallado constan láminas y núcleos de sílex, así como lascas y esquirlas que parecen resultado indirecto de su proximidad a una fuente importante de calor, cuestión certificada por otros casos que revelan circunstancias parecidas en algunas prácticas funerarias (Delibes y Etxeberria 2002: 58; Pascual 2002: 186). Las piezas pu-

Número	Sigla	Color	Material	Peso (en g)
1	PH-10-C1-26	Amarillento	¿Cuarcita?	26,5
2	PH-10-C1-27	Castaño oscuro	Basalto	13,0
3	PH-10-C1-28	Castaño claro	Cuarcita	18,7
4	PH-10-C1-29	Rojizo	¿Cuarcita?	10,5
5	PH-10-C1-30	Castaño	Cuarcita	13,0
6	PH-10-C1-31	Amarillento	Cuarcita	8,3
7	PH-10-C1-32	Castaño	Cuarcita	19,5
8	PH-10-C1-33	Beis	Cuarcita	10,5
9	PH-10-C1-34	Grisáceo	Cuarcita	14,3
10	PH-10-C1-35	Grisáceo	Cuarcita	5,0
11	PH-10-C1-36	Grisáceo	Cuarcita	4,5
12	PH-10-C1-37	Castaño	Cuarcita	4,0
13	PH-10-C1-38	Grisáceo	Cuarcita	2,5
14	PH-10-C1-39	Negruzco	Cuarcita	4,5
15	PH-10-C1-40	Beis	Cuarcita	4,0
16	PH-10-C1-41	Negruzco	Cuarcita	3,7
17	PH-10-C1-42	Castaño oscuro	Cuarcita	2,0
18	PH-10-C1-43	Beis	Cuarcita	3,0
19	PH-10-C1-44	Beis	Cuarcita	1,5

Número	Sigla	Color	Material	Peso (en g)
20	PH-10-C1-45	Grisáceo	Cuarcita	3,0
21	PH-10-C1-46	Castaño claro	Cuarcita	3,5
22	PH-10-C1-47	Beis	Cuarcita	2,0
23	PH-10-C1-48	Beis	Cuarcita	2,0
24	PH-10-C1-49	Castaño claro	Cuarcita	1,5
25	PH-10-C1-50	Beis	Cuarcita	1,3
26	PH-10-C1-51	Beis	Cuarcita	1,5
27	PH-10-C1-52	Castaño claro	Cuarcita	32,0
28	PH-10-C1-53	Castaño claro	Cuarcita	15,5
29	PH-10-C1-54	Beis	Cuarcita	10,3
30	PH-10-C1-55	Grisáceo	Cuarcita	11,0
31	PH-10-C1-56	Blancuzco	Cuarcita	7,3
32	PH-10-C1-57	Beis	Cuarcita	7,5
33	PH-10-C1-58	Beis	Cuarcita	10,0
34	PH-10-C1-59	Negruzco	Cuarcita	6,5
35	PH-10-C1-60	Beis	Cuarcita	7,5
36	PH-10-C1-61	Negruzco	Cuarcita	7,0
37	PH-10-C1-62	Grisáceo	Cuarcita	7,5
38	PH-10-C1-63	Grisáceo	Cuarcita	8,7
39	PH-10-C1-64	Beis	Cuarcita	6,0
40	PH-10-C1-65	Blancuzco	Cuarcita	5,5
41	PH-10-C1-66	Negruzco	Cuarcita	7,5
42	PH-10-C1-67	Beis	Cuarcita	3,0
43	PH-10-C1-68	Negruzco	Cuarcita	2,7
44	PH-10-C1-69	Castaño oscuro	Cuarcita	2,7
45	PH-10-C1-70	Beis	Cuarcita	3,0
46	PH-10-C1-71	Grisáceo	Cuarcita	3,2
47	PH-10-C1-72	Beis	Cuarcita	4,0
48	PH-10-C1-73	Negruzco	Cuarcita	4,0
49	PH-10-C1-74	Castaño claro	Cuarcita	12,0
50	PH-10-C1-75	Castaño claro	Cuarcita	5,0
51	PH-10-C1-76	Castaño claro	Cuarcita	4,7
52	PH-10-C1-77	Beis	Cuarcita	6,5
53	PH-10-C1-78	Blancuzco	Cuarcita	5,5
54	PH-10-C1-79	Castaño claro	Cuarcita	7,7
55	PH-10-C1-80	Beis	Cuarcita	5,3
56	PH-10-C1-81	Blancuzco	Cuarcita	6,5
57	PH-10-C1-82	Castaño	Cuarcita	8,0
58	PH-10-C1-83	Castaño claro	Cuarcita	5,0
59	PH-10-C1-84	Beis	Cuarcita	2,0

Número	Sigla	Color	Material	Peso (en g)
60	PH-10-C1-85	Castaño claro	Cuarcita	5,2
61	PH-10-C1-86	Castaño claro	Cuarcita	4,0
62	PH-10-C1-87	Parduzco	Cuarcita	3,7
63	PH-10-C1-88	Castaño claro	Cuarcita	3,7
64	PH-10-C1-89	Beis	Cuarcita	3,5
65	PH-10-C1-90	Beis	Cuarcita	1,5
66	PH-10-C1-91	Negruzco	Cuarcita	3,0
67	PH-10-C1-92	Beis	Cuarcita	3,2
68	PH-10-C1-93	Castaño claro	Cuarcita	3,5
69	PH-10-C1-94	Grisáceo	Cuarcita	2,7
70	PH-10-C1-95	Castaño claro	Cuarcita	2,5
71	PH-10-C1-96	Blancuzco	Cuarcita	2,3
72	PH-10-C1-97	Castaño	Cuarcita	2,5
73	PH-10-C1-98	Castaño	Cuarcita	5,0
74	PH-10-C1-99	Castaño claro	Cuarcita	4,7
75	PH-10-C1-100	Blancuzco	Cuarcita	5,0
76	PH-10-C1-101	Negruzco	Cuarcita	4,0
77	PH-10-C1-102	Grisáceo	Cuarcita	3,0
78	PH-10-C1-103	Grisáceo	Cuarcita	2,7
79	PH-10-C1-108	Parduzco	Cuarcita	33,2
80	PH-10-C1-109	Negruzco	Cuarcita	6,5
81	PH-10-C1-104	Castaño claro	Cuarcita	2,7
82	PH-10-C1-105	Castaño	Cuarcita	2,5
83	PH-10-C1-106	Beis	Cuarcita	2,7
84	PH-10-C1-107	Castaño	Cuarcita	2,7
85	PH-10-C1-110	Castaño oscuro	Basalto	0,7
86	PH-10-C1-111	Blancuzco	Cuarcita	2,5

Tabla 1. *Piedrahíta.*

limentadas corresponden a seis hachas de bisel doble o simple. Se fabricaron en varios tipos de rocas de origen volcánico y sedimentario. Los ejemplares de sección transversal oval se apoyaban directamente, una junto a otra, sobre el suelo del pequeño túmulo. Las restantes piezas completas se superponían formando una sola pila. En una de ellas se han preservado salpicaduras rojas, lo que indica de nuevo que toda la composición se sa-cralizó espolvoreando almagra.

A los materiales ya descritos deben sumarse diversos fragmentos óseos de animales con evidencias de combustión, estando casi calcinados en su mayor parte. Su pequeñez y su estado de conservación han impedido reconocer las especies a las que pertenecieron. En cambio, éstas se han identificado en una pequeña acumulación de conchas de moluscos depositada junto a los huesos: *Cerastoderma edule*, *Acanthocardia tuberculata*, *Pecten jacobus* y *Mytilus edulis*.

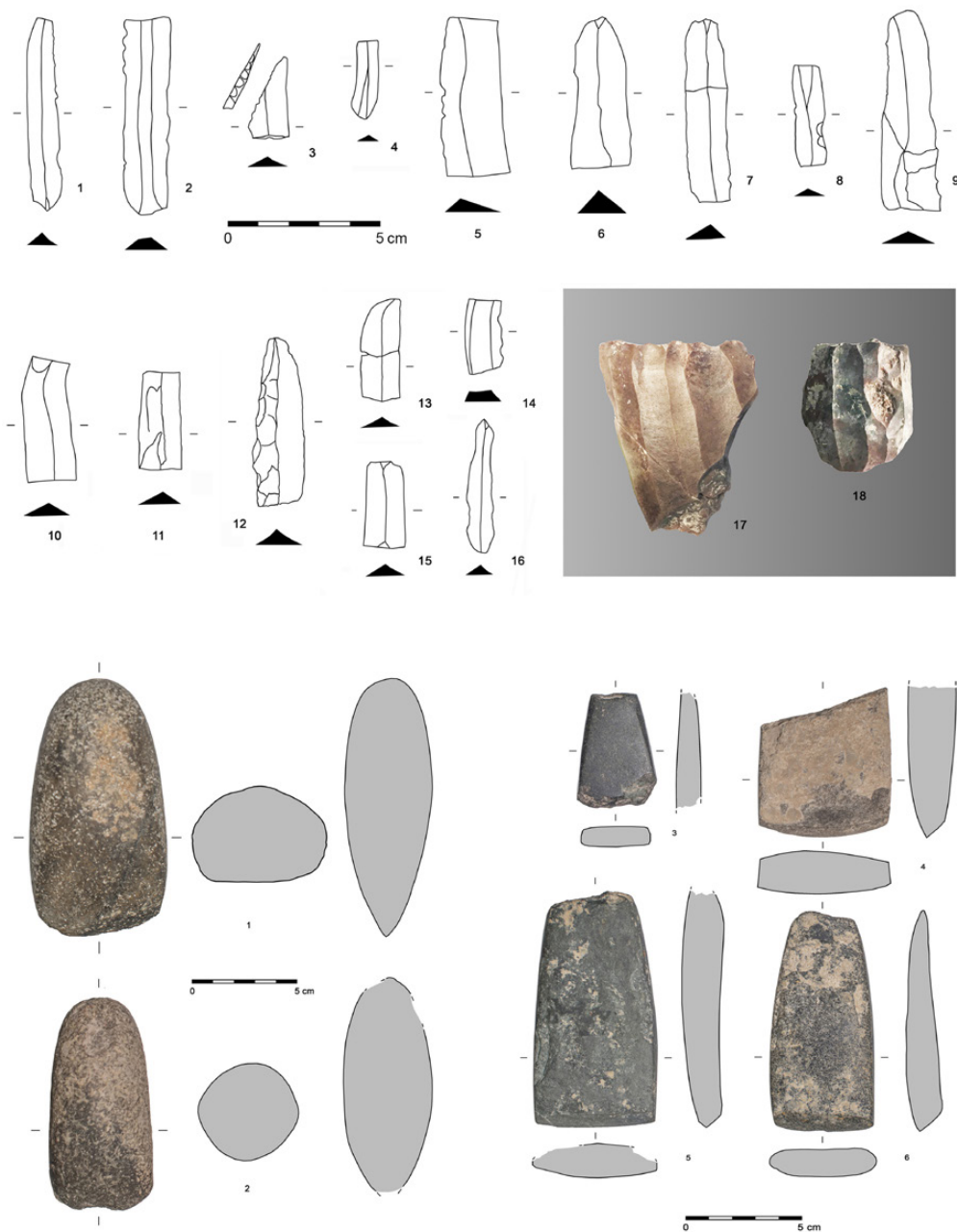


Fig. 5. *Conjunto 1 de Piedrahíta. Piezas líticas talladas (arriba), hachas (parte inferior izquierda) y azuelas (parte inferior derecha).*

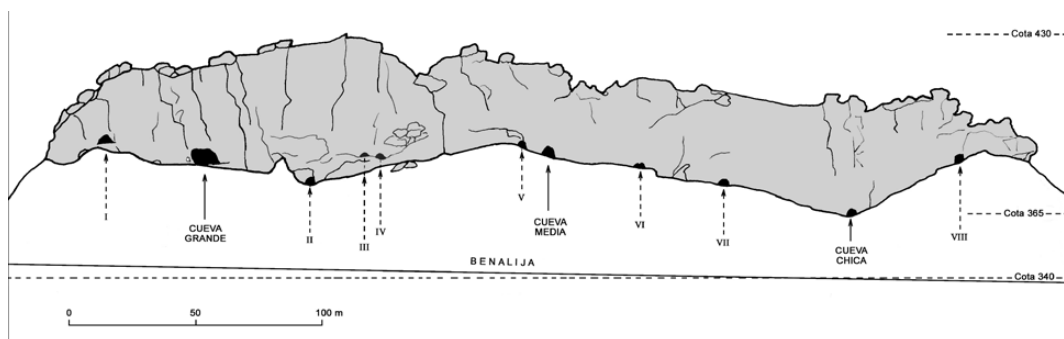


Fig. 6. Afloramiento calizo del Cerro de Santiago, en Cazalla de la Sierra (Sevilla). Imagen modificada a partir del croquis realizado por la Sociedad Espeleológica Geos y el profesor Pellicer, conservado en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla.

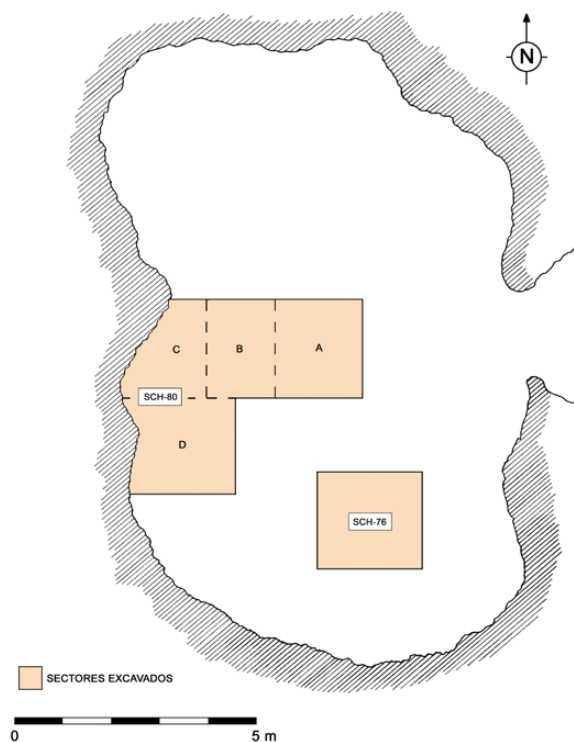


Fig. 7. Cueva Chica de Santiago. Planta elaborada a partir de los planos legados por el profesor Pellicer al Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla. La intervención de 1980 se dividió en diversos sectores (A, B, C y D).

4. OTRO CASO DE ESTUDIO: LA CUEVA CHICA DE SANTIAGO

4.1. LA CAVIDAD Y SU OCUPACIÓN

La Cueva Chica es una pequeña oquedad kárstica situada en la localidad sevillana de Cazalla de la Sierra, en los Cerros de Santiago. No abundan las zonas calizas en Sierra Morena, por lo que son muy escasas las cuevas. Este rasgo otorga un valor especial a las pocas existentes, casi todas ellas con utilización humana prehistórica (Fig. 6). Forma parte de un amplio conjunto de oquedades agrupadas con numerosas salas y galerías, junto al arroyo Benalija (Díaz del Olmo 1987). Su interior es un reducido recinto de tendencia oval investigado por la profesora Pilar Acosta en 1976 y 1980 mediante sendos sondeos estratigráficos (Fig. 7). Alguna documentación de estos trabajos de campo, inéditos en su mayor parte, se conserva en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla, pero no hemos podido localizar sus principales materiales

arqueológicos a pesar de nuestras pesquisas. Algunos de los testimonios que ahora más nos interesan estaban en este lote no controlado, pero afortunadamente algunas piezas permanecen depositadas en el laboratorio del referido departamento, al que también confió el profesor Pellicer antes de su fallecimiento toda la documentación gráfica, planos y diarios de dichas campañas arqueológicas. La estratigrafía antrópica detectada en la gruta supuso en su momento un impulso singular al conocimiento de la Prehistoria reciente en el oeste de Sierra Morena, pues se obtuvo una secuencia estratigráfica que abarca desde el Neolítico hasta la Edad del Bronce (Fig. 8). Los datos suministrados por

los contextos que ahora más nos importan, los de la Edad del Cobre, solo se utilizaron muy parcialmente en trabajos de síntesis referidos a la Prehistoria reciente de Andalucía occidental publicados por la profesora Acosta (1995: 58-67).

La Cueva Chica de Santiago cuenta con una superficie de unos 90 m² aproximadamente. Se encuentra en un sector de la Sierra Morena sevillana donde se conocen otros yacimientos sincrónicos de su ocupación calcolítica, especialmente estructuras megalíticas. Tiene la entrada en el centro de su lado este, cuestión importante desde el punto de vista de la posible función ritual que pudo te-

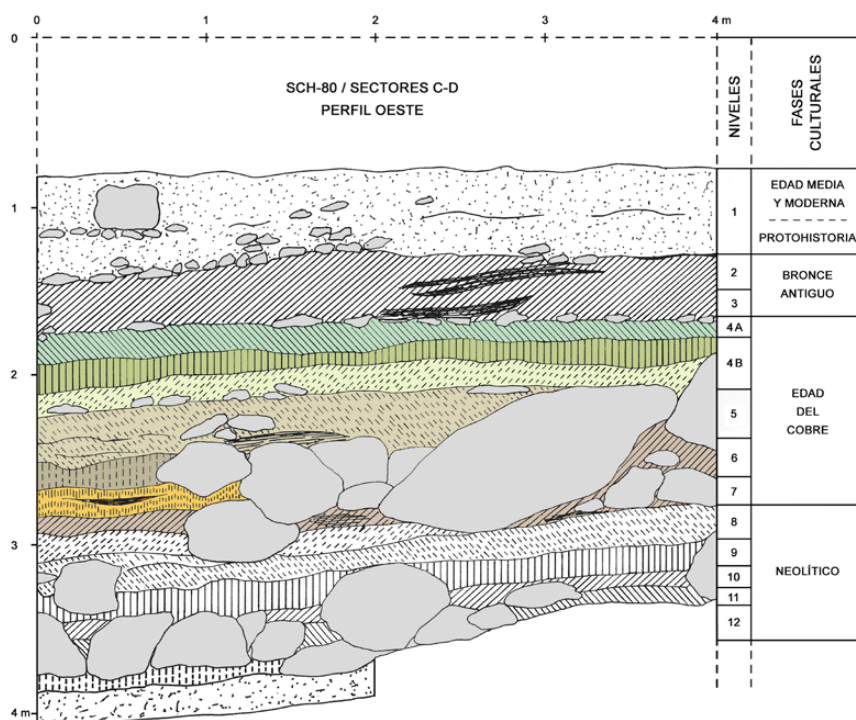


Fig. 8. Estratigrafía de la Cueva Chica de Santiago. En color, detalle de los estratos calcolíticos en el perfil oeste de los sectores C y D. Dibujo modificado a partir de la documentación conservada en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla.

ner la oquedad durante la Prehistoria reciente. Su interior presenta una clara ocupación del Neolítico antiguo a la que se superpone una importante secuencia calcolítica, y finalmente algunos testimonios de la Edad del Bronce y medievales. Los sedimentos de la Edad del Cobre cuentan con una potencia de poco más de un metro. Las excavaciones se llevaron a cabo mediante el método Wheeler, levantando capas artificiales que pudieron seccionar en algunos puntos los estratos arqueológicos que hoy denominaríamos “Unidades Estratigráficas” siguiendo las técnicas de registro de E.C. Harris. En cualquier caso, si la diferencia de coloración o composición de las distintas capas era acusada, se cambiaba su numeración. Aunque esta pauta, recogida en los cuadernos de campo, evitaba numerosas contaminaciones producidas durante los trabajos, es necesario advertir la posible existencia de dichas mezclas. De todas formas, los datos conservados en el archivo documental de estas intervenciones no muestran graves contradicciones entre los materiales presentes en cada estrato. Solo cabe señalar la migración hacia los niveles superiores de ítems correspondientes a fases previas, en un fenómeno bien conocido en los trabajos arqueológicos y que permite identificarlos como “elementos residuales” (Harris 1991: 166).

4.2. LOS MICROBETILOS Y SU CONTEXTO CRONOCULTURAL

Las referencias a la Cueva Chica de Santiago como yacimiento arqueológico llegaron a los profesores Acosta y Pellicer a través de la *Sociedad Espeleológica Geos*, algunos de cuyos

miembros depositaron en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla restos materiales de su ocupación prehistórica. Estas piezas se conservan en el *Laboratorio Profesor Pellicer* de dicho departamento. No es descartable que algunos de los microbetilos correspondan a esta primera serie de hallazgos, pero nos inclinamos a pensar que los conservados sean aquellos a los que se alude en las notas de campo e inventarios de hallazgos. Para evitar posibles confusiones, los ejemplares que hemos seleccionado para publicar corresponden a los que presentan formas alargadas, que parecen obedecer al modelo prototípico. En total, este conjunto asciende a 23 elementos (**Fig. 9**). Como las de Piedrahíta, se trata de pequeños cantos rodados de tendencia cilíndrica o cónica que muestran claras evidencias de erosión fluvial. Se buscaron intencionadamente con esta forma, posiblemente en el cauce del propio Benalija o en alguno de sus arroyos subsidiarios, siendo su base pétreo sobre todo el esquisto (**tabla 2**). El pulimento que presentan es siempre producto de abrasión no antrópica. Algunos ejemplares han absorbido parte de la pigmentación roja que pudo cubrirlos en su día.

Gracias a las intervenciones de 1976 y 1980 sabemos que los estratos superficiales de la Cueva Chica de Santiago corresponden básicamente al Calcolítico, aunque se documentaron en estos niveles más altos algunos elementos posteriores. Para nuestra interpretación, es interesante constatar que existían huesos humanos procedentes de la secuencia sedimentaria excavada en esta cueva, lo que revela su posible uso funerario. En el contexto calcolítico del yacimiento se han documentado los típicos “idolillos” de la Edad del Cobre (**Fig. 10**). En el diario de excavación de

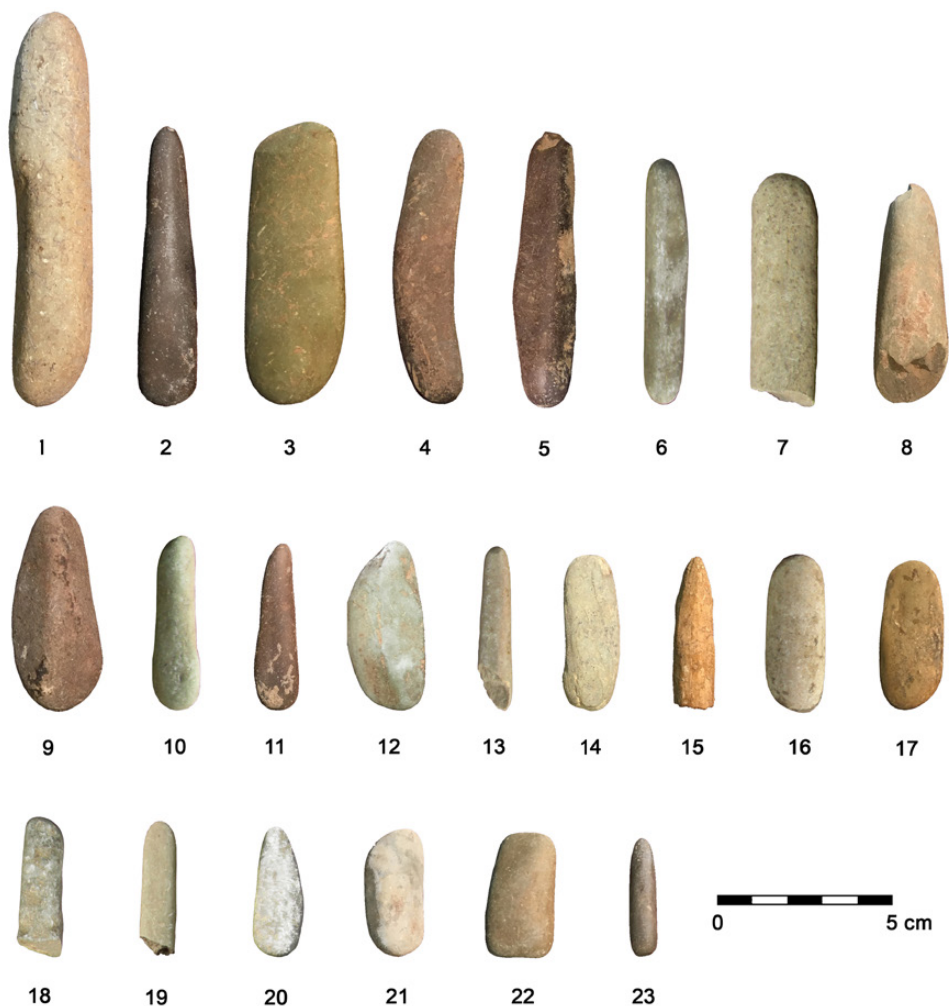


Fig. 9. *Microbetilos de la Cueva Chica de Santiago. Piezas conservadas en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla.*

la campaña de 1976 se citan literalmente en este contexto calcolítico “algunos cantos rodados + pequeños, de sección + ó – circular, que podrían ser percutores, pero de los que no se recoge ninguno, por no presentar huellas claras de tales útiles”. Esta frase concreta aparece en las anotaciones realizadas al excavar la Capa VIII de dicha campaña. Sin

embargo, gran parte de los ejemplares custodiados en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla están empaquetados en bolsas etiquetadas con el año 1976. De dicho nivel (SCH-76-VIII) contamos con numerosos dibujos de sus materiales, de los que hemos seleccionado algunas de las formas más representativas por

Número	Sigla	Color	Material	Peso (en g)
1	Sin referencia	Verde claro	Esquisto	63,52
2	Sin referencia	Castaño	Cuarcita	18,83
3	Sin referencia	Verde	Cuarcita	51,84
4	Sin referencia	Castaño	Cuarcita	18,76
5	Sin referencia	Castaño	Cuarcita	20,58
6	Sin referencia	Verde	Esquisto	14,42
7	Sin referencia	Verde	Esquisto	30,74
8	Sin referencia	Verde	Esquisto	24,34
9	Sin referencia	Castaño	Cuarcita	24,71
10	Sin referencia	Verde	Esquisto	9,57
11	Sin referencia	Castaño	Cuarcita	5,86
12	Sin referencia	Verde	Esquisto	13,58
13	Sin referencia	Verde	Esquisto	4,43
14	Sin referencia	Verde	Esquisto	7,77
15	Sin referencia	Grisáceo	Caliza	5,67
16	Sin referencia	Blancuzco	Cuarcita	11,31
17	Sin referencia	Verde	Cuarcita	7,87
18	Sin referencia	Verde	Esquisto	8,96
19	Sin referencia	Verde	Esquisto	4,80
20	Sin referencia	Verde	Cuarcita	5,83
21	Sin referencia	Verde	Esquisto	5,27
22	Sin referencia	Verde	Cuarcita	8,93
23	Sin referencia	Castaño	Cuarcita	2,80

Tabla 2. *Cueva Chica de Santiago.*

constituir claros exponentes de su cronología calcolítica (**Fig. 11**). En consecuencia, la colección de microbetilos de Cueva Chica conservada en la actualidad puede corresponder a las dos campañas. Cuando se hace alguna referencia a estas piezas en el inventario de materiales se recogen detalles sobre los niveles en que se hallaron, en algunos casos claramente adjudicables también al Neolítico. En esas notas se identifican siempre como “alisadores”. Así pues, el lote que presentamos aquí, confuso para algunos ejemplares, cuenta solo con algunos detalles sobre su ubicación estratigráfica. Creemos posible, en cualquier caso, que procedan de contextos sedimentarios muy variados, lo cual puede deberse tanto a su amplia cronología de uso como a la posibilidad de que se hayan produ-

cido en la cueva múltiples remociones de su relleno debidas a su propia utilización como cámara mortuoria.

En síntesis, y con la debida cautela por tratarse de unas primeras anotaciones sobre su adjudicación cronocultural, los datos que poseemos de la Cueva Chica de Santiago parecen sugerir un origen neolítico para la costumbre de usar microbetilos como representaciones divinas, aunque ahora nos hayamos centrado en la constatación de esta tradición en la Edad del Cobre. En relación con esta segunda fase, nos parece especialmente interesante recalcar la referencia textual en los cuadernos de campo al hallazgo de “ídolos” en los mismos contextos cronoculturales que los microbetilos calcolíticos. Aunque tales fi-

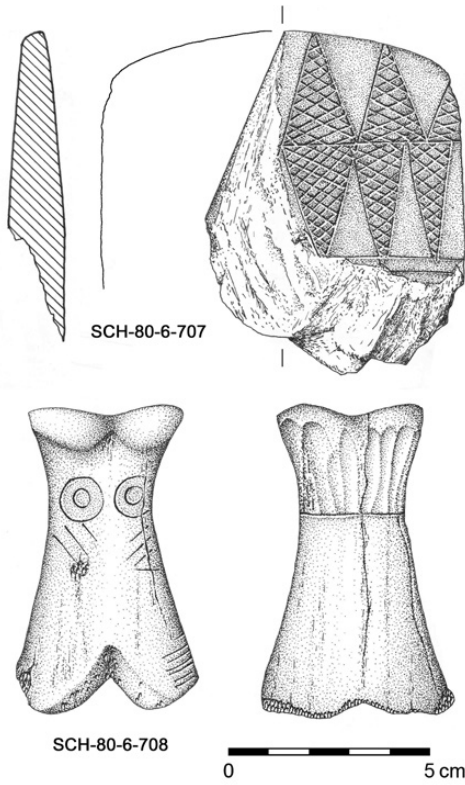


Fig. 10. Cueva Chica. Plañideras del nivel 6 de la intervención de 1980. Dibujos de Esther Núñez y José Luis Escacena.

gurillas se han tenido tradicionalmente por representaciones de divinidades, pueden aludir simplemente a manifestaciones de luto por parte de los dolientes que asistían a los funerales, a modo de imágenes de plañideras (Escacena 2016). Con ello quedaría reforzada la idea, deducida de la presencia de restos óseos humanos, de que los microbetilos calcolíticos de esta cueva están asociados a contextos funerarios. A esto debemos añadir la apertura al este de la cavidad, coincidente con la archiconocida tendencia a construir las sepulturas megalíticas con sus accesos orientados hacia los ortos solares.

5. UN TERCER LOTE: LA CUEVA DE LA ARAÑA

5.1. EL ENCLAVE Y SU OCUPACIÓN PREHISTÓRICA

La Cueva de la Araña forma parte de un conjunto de cavidades kársticas situadas en el flanco oriental de la Bahía de Málaga. Este grupo de oquedades se conoce con el nombre genérico de Complejo del Humo-Cueva de la Araña. En la secuencia sedimentaria prehistórica del Abrigo 6 existen estratos co-

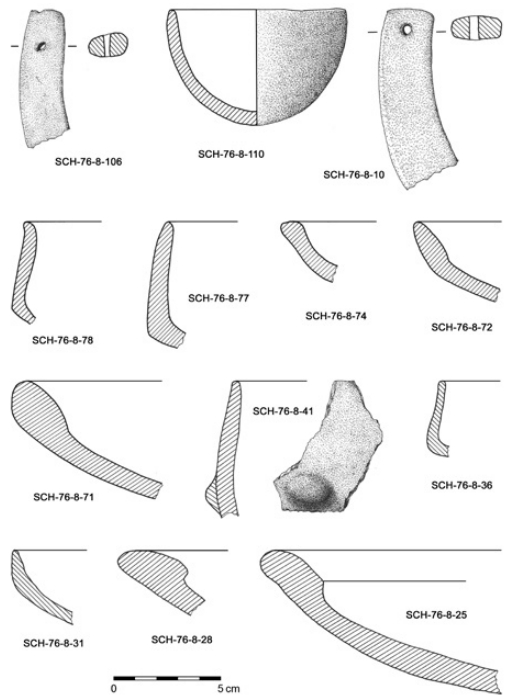


Fig. 11. Contexto cerámico de los microbetilos hallados en la Capa VIII del sondeo de 1976 en la Cueva Chica de Santiago. Dibujos conservados en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla.

rrespondientes al Neolítico y al Calcolítico. En todos ellos se ha documentado la existencia de huesos humanos, lo que revela un largo uso funerario de la oquedad, como acabamos de ver también en la Cueva Chica de Santiago. Para la fase de la Edad del Cobre no se cuenta con cronologías radiocarbónicas, pero sus excavadores han podido datar dicho contexto por paralelos tipológicos de los materiales. La fecha publicada propone un espectro temporal comprendido entre 2800 y 2300 a.C. (Ramos y Aguilera 2004: 276). Sin embargo, sus materiales cerámicos sugieren una datación relativamente antigua dentro de esta horquilla. Los restos óseos atribuibles a posibles enterramientos aparecen en desconexión anatómica. Por esta razón los autores defienden que la cueva se utilizó para colocar los cadáveres sin necesidad de sepultarlos. Dicha función del hipogeo se ofrece para el Calcolítico, pero también para todas las fases neolíticas (Ramos 2004: 58, 61 y 64). Los rasgos observados en los restos arqueológicos y en su posición estratigráfica indican la posibilidad de que los estratos hayan sido manipulados en diversas épocas históricas desde los momentos de su primera sedimentación, posiblemente por la propia función funeraria de la cavidad como sugiere la intervención arqueológica (Ramos y Aguilera 2004: 276).

5.2 LA MUESTRA BETÍLICA

Los microbetilos calcolíticos dados a conocer de la Cueva de la Araña componen un conjunto de siete ejemplares (**Fig. 12**). En la publicación correspondiente se citan “numerosos cantos rodados alargados”, aunque en los dibujos aparece solo esta cantidad.

La utilidad que los autores imaginan para tales elementos es la de herramientas dedicadas a la fabricación de cerámica (Ramos y Aguilera 2004: 274), siguiendo posiblemente la tradición historiográfica que reconocía el papel de alisadores para dichos guijarillos alargados. Los excavadores no refieren que tengan señales de uso ni rastros de pulimento antrópico, por lo que estamos de nuevo ante simples cantos fabricados por la erosión natural y seleccionados por su tendencia a la forma cónica o cilíndrica de los microbetilos ya reseñados en los anteriores yacimientos.

En el trabajo dedicado a la ocupación neolítica de este enclave, J. Ramos (2004: 59) publica una imagen con piezas claramente identificables tipológicamente con las calcolíticas de este mismo sitio y con las aquí estudiadas de Piedrahíta y Cazalla de la Sierra, que según el autor aparecieron en un contexto del Neolítico Medio. Esta cronología no es descartable, ya que en la fase del Neolítico Antiguo se documentó otra pieza que podría corresponder a la misma tradición ritual, en este caso con la figura de un antropomorfo grabada en una de sus caras (Ramos 2004: 56). Dicha manifestación artística recuerda, de hecho, el ejemplar ya citado de la Cueva de la Murcielaguina con un animal inciso.

En los trabajos que hemos consultado no se indica que los microbetilos calcolíticos de la Cueva de la Araña aparecieran impregnados de colorante rojo. Sin embargo, esta característica sí se observó en la muestra procedentes de los estratos neolíticos (Ramos 2004: 56 y 59).

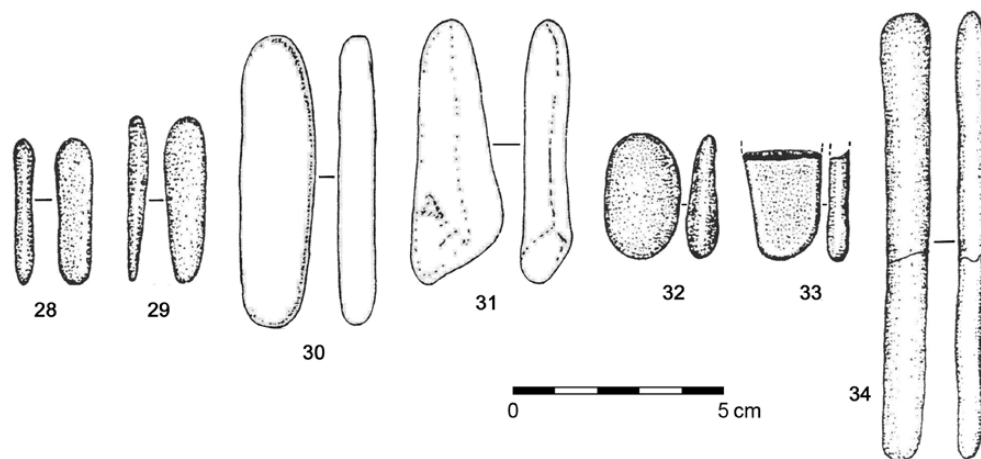


Fig. 12. *Microbetilos de la Cueva de la Araña (Málaga). La imagen respeta el orden y la numeración de la publicación de referencia (Ramos y Aguilera 2004: fig. 1).*

6. ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN

Desde los inicios del Neolítico, el suroeste ibérico participó de algunos rasgos simbólicos y rituales similares a los que se practicaban en el área levantina española. Esto ha podido afirmarse por el hallazgo en diversos yacimientos andaluces de figuras de orantes representadas sobre vasijas cerámicas, en una composición similar a la documentada en recipientes del País Valenciano (Escacena 2018). Pero en la Edad del Cobre se acentúa notablemente la evolución hacia la abstracción simbólica de muchas expresiones plásticas hispanas. Este hecho afectó en profundidad al arte parietal, pues de este momento es la mayor parte de la pintura rupestre esquemática. Precisamente esta manifestación plástica permite reconocer numerosas figuras de personajes en oración que dirigen sus brazos al cielo. Se trata de simples trazos rectilíneos y curvos que dan a entender figuras

antropomorfas que rezan a las divinidades. Para nuestra interpretación de los orantes de Piedrahíta, y en consecuencia para la lectura como microbetilos de las piedrecillas que los acompañaban, resulta bastante elocuente el conjunto pictórico de Portocarrero, en Gérgal (Almería). En la composición aparece un grupo de personas que dan culto al disco solar (Fig. 13), y hoy sabemos que el betilo es en esencia, y en primer lugar, una parte de la propia divinidad desprendida de la bóveda celeste. A pesar de existir figuras de orantes más naturalistas, como el de la tumba 2 de la necrópolis portuguesa de Perdigoës (Fig. 14), la tendencia al esquematismo consiguió en la Edad del Cobre expresiones de este tipo extremadamente simples, como reflejan las piezas de Piedrahíta. Bien identificadas como personajes que rezan, tales manifestaciones permiten profundizar en el mundo simbólico de la Prehistoria reciente hispana, reconociendo la existencia de prácticas religiosas que producían gestos rituales muy pa-



Fig. 13. *Escena de oración colectiva en una pintura rupestre de Portocarrero, a partir de Martínez García (1981: fig. 11).*

recidos en áreas y cronologías relativamente alejadas entre sí, con casos concretos que se reparten por casi toda la Península Ibérica. La acción de dirigir los brazos a lo alto se llevaba a cabo para pedir algo a los dioses, pero también para agradecerles un favor ya concedido o mostrarles una ofrenda. Dicha expresión fue muy popular en todas las culturas prehistóricas y antiguas, y aún se conserva en la liturgia de muchas religiones. Elevar los brazos de esta forma para rezar solo tiene sentido si asumimos que el firmamento era la residencia de las divinidades, y que éstas eran los propios astros, como reflejan múltiples escenas religiosas de las civilizaciones

antiguas del Mediterráneo oriental. Pero afirmar que las culturas prehistóricas divinizaron a los distintos cuerpos celestes podría cambiarse por un enunciado más acorde con la posible realidad: la historia posterior ha convertido a los dioses ancestrales en simples astros.

Admitida esta cuestión, deberíamos asumir que las imágenes más directas que conservamos de las divinidades calcolíticas son las astrales, plasmadas una y mil veces en la pintura rupestre y en la alfarería, fecundas en esteliformes; y desde esta versión más genuina llegar a otras manifestaciones que,

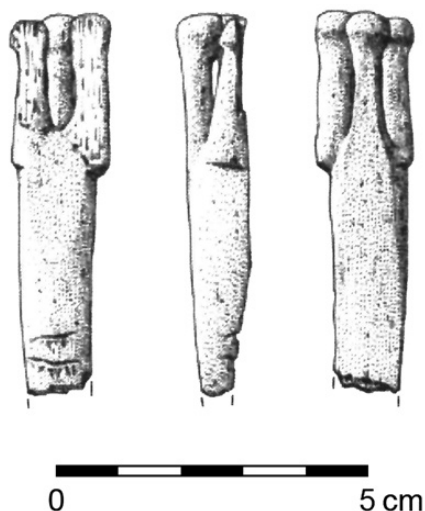


Fig. 14. *Figurilla de orante fabricada en hueso hallada en Perdigoões, a partir de Valera et al. (2014: fig. 4).*

como las betílicas, solo se comprenden bien una vez asumida esta primera identificación teológica. En la pequeña escena ritual que parece formar el Conjunto 1 de Piedrahíta, con figurillas de orantes que miran hacia un punto repleto de guijarrillos, estos últimos pueden ser reconocidos como dioses precisamente porque los primeros se dirigen a ellos con la conducta más clásica: implorarlos de pie y con las manos abiertas, según el gesto utilizado por casi todos los primates para pedir algo (Escacena y Flores 2019). Por tanto, si los seres a quienes se dirige la plegaria están encarnados en piedras es por la tendencia arcaica a identificar precisamente a nuestros astros con sus dioses, y por tanto a los meteoritos con porciones de estos últimos llegadas hasta la Tierra. Sabemos, por ejemplo, que ciertas epifanías líticas adoradas en algunos templos antiguos mediterráneos eran posibles aerolitos, cuando no simples rocas

que, por sus rasgos externos, color o composición, se creían caídas del cielo (Ribichini 1985: 121). A diferencia de otras imágenes sagradas, que aludían a los dioses sin participar de su naturaleza divina –exvotos, figurillas apotropaicas de uso personal, estatuas de culto, etc.– las rocas betílicas sí se tenían por una parte de los dioses desprendida de la bóveda celeste.

El mundo antiguo pudo heredar desde la Prehistoria el uso de betilos, siempre concebidos como cilindros o conos pétreos que a veces pueden adquirir forma fálica (Seco 2010: 35). Es más, es posible incluso que en algunas ocasiones se fabricaran en barro, como una pieza tardoneolítica de Papa Uvas, en Aljaraque (Huelva), interpretada así por J.C. Martín de la Cruz (1985: fig. 96, b), o las calcolíticas ya citadas del *tholos* de Montelirio, de arcilla verde y embadurnadas con cinabrio. Al menos en algunas tradiciones religiosas mediterráneas la costumbre de encarnar a las divinidades en una piedra no antropomorfa se remonta a tiempos muy viejos (Stockton 1974-75; Falsone 1993), y conoció versiones donde esa sacratísima manifestación lítica se pintaba de rojo (González Echegaray 1997: 34). De hecho, la misma realidad fueron posiblemente los menhires megalíticos, tenidos por la morada del dios o incluso por el propio dios. Así se han interpretado por ejemplo, dentro de la propia Andalucía, los menhires neolíticos de Casas de Don Pedro, en Belmez (Córdoba), como epifanías divinas (Gavilán y Escacena 2009: 333). Al no ser exactamente una copia de la imagen de la divinidad, sino la deidad misma, tanto en los templos como en otros ambientes simbólicos, fuesen o no funerarios, podían ser compatibles el betilismo y el aniconismo; y más cuando en las etapas iniciales del fenó-

meno aún no han surgido o no se han generalizado la antropización formal de los dioses. Como la propia historia de la palabra “betilo” alude a esta identificación con la sustancia divina materializada en una simple piedra, nuestra hipótesis es que los pequeños cantos rodados que interpretamos como betilos calcolíticos podrían constituir la plasmación de las miríadas de cuerpos celestes divinos o divinizados que para aquellas culturas poblaban el cielo, entendido éste como destino reservado a las almas buenas. Es posible que el mundo calcolítico hispano tuviera por dioses principales al Sol y a los cinco planetas conocidos antes del invento del telescopio (Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno), cuya representación conocemos en cuencos funerarios de la época (Escacena 2011-12). La Edad del Cobre hispana coincidiría con otras culturas mediterráneas del momento en no tener a la Tierra como otro cuerpo celeste más. Este conjunto de númenes divinos no iguala al número de microbetilos de Piedrahíta, que constituye de momento la población más abundante aparecida en un mismo lote. Sin embargo, muchas culturas antiguas heroizaban a sus difuntos que habían alcanzado el paraíso. Por eso no es contradictorio asumir un panteón reducido de dioses principales conviviendo con un ejército celestial de humanos divinizados correspondientes a los propios ancestros familiares ya fallecidos. Diversas civilizaciones antiguas del Mediterráneo oriental, de las que poseemos elocuentes textos sobre el tema, participaron de este concepto del Más Allá. Sin ir más lejos, los cananeos reconocían el carácter sacrosanto de los antepasados difuntos que habían alcanzado la Eternidad, los denominados *rephaim* o *rapiuma*. A ellos se les dedicaban oraciones y determinados cultos (Xella 1987:

140). Pero podríamos citar otros muchos casos bien conocidos. De hecho, fue una creencia muy común en casi todas las culturas de la época que heroizaban a sus antepasados una vez fallecidos. Si así fuera, podríamos estar incluso ante un antecedente prehistórico de los Dioses Manes latinos, a los que precisamente se invocaba en los epígrafes de las sepulturas como benefactores del nuevo muerto que pretendía entrar en el paraíso. De esta forma, igual que la invocación a los Dioses Manes es la fórmula que introduce todo el epitafio en la práctica funeraria romana, los betilos se encuentran muchas veces a la entrada de las tumbas calcolíticas, como se ha señalado en la necrópolis de Los Millares o en el citado Dolmen de Palacio IV. De este legado milenario han heredado los católicos de hoy su fiesta de Todos los Santos, que se lleva a cabo en noviembre precisamente seguida del día de los difuntos. En ella se celebra que ya han alcanzado la Gloria cuantos se merecieron ese destino sin que oficialmente se les reconozcan proezas ni actos milagrosos en sus vidas terrenal y celestial.

Un rasgo importante a favor del papel betílico de estos pequeños cantos rodados aquí estudiados es el hecho de que hayan aparecido impregnados de pigmentos rojos. Como hemos señalado antes, esta propiedad está constatada en muchos de los microejemplares hallados, pero también en otros de mayor tamaño como los fabricados en barro para el ajuar funerario de Montelirio. Este hecho es tan valorado como signo de sacralidad que solo por el color rojo de sus suelos ciertos edificios protohistóricos de la Península Ibérica han querido interpretarse como lugares de culto. Tales pavimentos se han considerado de por sí cargados de simbolismo religioso, aunque estos caracteres cromáticos no

sean exclusivos de los espacios sagrados. El estudio de este color como emblema religioso ha sido ampliamente abordado para la Prehistoria, por lo que no vemos necesario extendernos en su análisis acompañándolo de una extensa relación de citas bibliográficas. Recordaremos nada más que el tema está planteado ya entre quienes estudian el mundo de los Neandertales, para llegar hasta los análisis simbólicos del color en la liturgia actual de muchas religiones, en la cristiana sin ir más lejos. Por su tonalidad parecida a la de la sangre, el rojo significó siempre la presencia de vida, ya que una persona desangrada palidece conforme le llega la muerte. En la propia tradición religiosa cananea, donde el betilo tuvo tanta importancia por su identificación con la divinidad, algunos colores de la gama del ocre usados en los rituales funerarios se han relacionado con la creencia en la resurrección (Bernardini 2008: 655), lo que explica tantos objetos y recipientes impregnados de ocre –o que lo contenían– en numerosos santuarios y tumbas, caso por ejemplo de los huevos de avestruz feniciopúnicos. En ese mismo contexto cultural, la sangre de las víctimas sacrificadas en los templos cumplía un papel primordial en la liturgia, ya que era la portadora de la vida del animal. Por eso la voz fenicia para “pescuezo”, el lugar por donde se degollaba a la víctima y donde residía el alma (Del Olmo 1998: 51 y nota 44), se relaciona con elementos de muerte. Así, *npšn* (sepultura) tiene que ver con *npš* (cuello). Al ser símbolo de vida, la relación del color rojo de la sangre vital con el mundo sagrado desde tiempos prehistóricos muy tempranos dispone de un buen corpus de evidencias. Este vínculo se apoyó en la idea de que fueron los dioses los proveedores de vida, y para muchos credos sus propios creadores al

principio del tiempo. Por esta razón, si las divinidades constituyen en sí personificaciones de la propia vida, es lógico que se pintaran de rojo también los betilos. Precisamente mediante el ritual que les otorgaba este color esas piedras dejaban de ser simples rocas para experimentar un proceso de transustanciación en entes sagrados. La acción implicada en dicha liturgia transfiguraba la realidad profana en identidad divina, del mismo modo que la ofrenda religiosa, una vez quemada en el altar, abandonaba su materialidad prosaica para convertirse en sustancia santa (Segarra 1997: 276). De esta forma, el color rojo llegó a representar la idea de santidad. Por ello en los templos y en otros ámbitos sagrados, fueran altos al aire libre, cuevas u otros sitios apartados de la cotidianeidad laica –las necrópolis por ejemplo–, se hicieron indispensables instrumentos para preparar el ocre y recipientes para contenerlo. Para los momentos que ahora nos importan, esta última condición está constatada en los numerosos molinos de piedra usados para esta finalidad y en los innumerables vasitos prehistóricos de cerámica que aún contienen tintes rojos elaborados con óxido de hierro o con cinabrio (Emslie *et al.* 2016).

7. EPÍLOGO

El nutrido lote de piedrecillas de tendencia cilíndrica o cónica de Piedrahíta, o los grupos algo menos numerosos de Cazalla de la Sierra y de la Cueva de la Araña –los ejemplos abordados aquí con mayor detenimiento y profundidad– nos han sugerido una interpretación que pretende ofrecer una nueva función simbólica para unas piezas tenidas normalmente por simples herramientas de trabajo, en unas

ocasiones interpretadas como alisadores y en otras como pequeños percutores. También disponemos de numerosos contextos funerarios con pequeños prismas de cuarzo o de cristal de roca cuyos tamaños se aproximan a los betilos analizados ahora. Normalmente estos elementos transparentes o traslúcidos han sido valorados por la singularidad de su materia prima, pero habría que pensar en la posibilidad de encontrarnos ante el mismo fenómeno aquí abordado, esta vez con piezas para las que se seleccionaron rocas más escasas y muchas veces exóticas. Asumir la función betílica de estos monocristales no supone, en ningún caso, rechazar el carácter simbólico ya asumido por la investigación para los mismos por su composición.

Nuestra nueva lectura intenta superar, en todo caso, la mera constatación de un numeroso conjunto de guijarrillos de río relegados en muchas ocasiones al lote de objetos cuya incompreensión los saca de las memorias de excavaciones. Hemos verificado, además, que tales elementos líticos aparecen en otros yacimientos sincrónicos de los aquí estudiados, aunque las referencias bibliográficas sobre los mismos los señalan en menor cantidad que los aparecidos en los enclaves abordados por nosotros. Al ser menor su número en esos otros sitios, es lógico que hayan sido interpretados como herramientas. Pero en esto ha podido influir también, sin duda, la tendencia de muchos prehistoriadores a buscar prioritariamente razones económicas en el registro material de las culturas que estudian. Este sesgo suele ser menor entre los especialistas que analizan culturas no ágrafas. De hecho, contar con textos escritos abre el abanico de posibilidades de lectura del registro arqueológico y facilita por tanto la diversidad de hipótesis de trabajo. Aunque

los prehistoriadores carecen de esta ayuda, no es ésta la razón fundamental del rechazo que recientemente padecen las interpretaciones simbólicas. En el caso del arte rupestre por ejemplo, casi todos los proyectos van orientados hoy a registrarlo con tecnología sofisticada, a documentarlo en sistemas de información geográfica y a indagar en sus procedimientos de elaboración, incluida la identificación química de pigmentos en su caso. Huir de su interpretación es en la actualidad la costumbre más extendida. Este hecho puede deberse al miedo a errar, que en el fondo se sustenta en una mala formación epistemológica de los especialistas, que han identificado el trabajo científico más con la búsqueda de verdades que con la elaboración de hipótesis que den cuenta de los datos controlados.

Nuestra última reflexión pretende ser una advertencia dirigida a una doble finalidad. En primer lugar, queremos recalcar la necesidad de contar con hipótesis que intenten penetrar en la mente de las poblaciones protagonistas de los hechos estudiados. Para ello, y dado el carácter extremadamente conservador del pensamiento religioso y de las prácticas asociadas a él, es un buen camino asumir que muchas conductas y creencias consolidadas y bien conocidas en el mundo antiguo pudieron tener hondas raíces prehistóricas, y por tanto una larga cronología detrás. Como segundo objetivo, queremos insistir en la necesidad de que se deposite una especial confianza en la idoneidad de las huellas arqueológicas dejadas por el pasado para penetrar en el mundo simbólico. Para eso valen los colores usados en los rituales, las “decoraciones” de las vasijas, las orientaciones celestes de los templos y las tumbas, los tipos de materiales usados para la fabricación de objetos, etc.

Puede que no sea una simple casualidad que la Cueva Chica de Santiago fuera usada en tiempos calcolíticos como hipogeo funerario por tener su acceso abierto al este, y que esta característica pueda ser un recurso metodológico para discriminar por qué unas cavernas fueron en la Prehistoria recientes cementerios y otras no. Es una propuesta que deberá ser trabajada también en el futuro y que ofrece un espectro interesante de posibilidades interpretativas sobre la funcionalidad concreta de este singular tipo de yacimientos. Si las piedrecillas aquí estudiadas no constituiran una simple y extraña colección de guijarros de río con formas curiosas y tamaños homogéneos, la interpretación de las cuevas debe estar abierta a un espectro de posibilidades más fecundo que el normalmente contemplado por la investigación. En este sentido, lo que se hace normalmente es asumir axiomáticamente que la cavidad era un mero hábitat del grupo humano que la usó, y exigir paralelamente a otras lecturas un duro trabajo para cambiar esta visión apriorística. No han caído quienes adoptan esta cómoda posición en que todas las explicaciones necesitan esa misma tarea y entrega de duro trabajo positivo y argumental.

La relación de estaciones arqueológicas con este tipo peculiar de material lítico es más amplia que la lista usada para este artículo, pero no siempre es fácil realizar un catálogo completo. En muchas ocasiones las referencias a estas piedrecillas se pierden en el interior de los textos especializados en arqueología calcolítica sin que dichos elementos hayan quedado recogidos en la información gráfica. Y sospechamos que en muchos otros casos su registro ha pasado por completo inadvertido si no se manifestaba en agrupaciones numéricamente “extrañas”,

confundido en este caso con la presencia casual de simples guijarros insertos en la matriz terrosa de los estratos. Para poderlos discriminar creemos fundamental que se tenga precaución especialmente con el registro funerario, cuestión al menos insinuada por los casos analizados. La hipótesis de que estemos ante una invocación prehistórica a los antepasados divinizados, luego heredada en el mundo antiguo como hemos visto por los casos cananeo y romano, insiste en este mismo contexto. Por eso no extraña en absoluto la presencia de betilos en dólmenes y en otras estructuras funerarias, o en cuevas usadas como sepulturas. Hemos citado ejemplos de betilos de mayor tamaño que los nuestros en Los Millares, en el Dolmen de Palacio IV, en La Huera y en Montelirio, entre otros sitios; pero no queremos finalizar sin mencionar otro posible caso de microbetilismo que ejemplifica una de esas publicaciones donde la información aparece levemente tratada entre muchos otros datos rescatados en los trabajos de campo. En la tumba 3 de La Pijotilla, en Solana de los Barros (Badajoz), y entre otras muchas piezas de más fácil reconocimiento, algunos guijarros muestran formas y medidas similares a los estudiados en el presente artículo, repartiéndose de manera aleatoria por casi toda la estructura (Hurtado *et al.* 2000: 264). Creemos que estamos aquí en un caso similar a los reseñados en el presente artículo. En otro trabajo hemos propuesto que este yacimiento extremeño, caracterizado por sus fosos, sus enterramientos y sus “ídolos”, es básicamente una necrópolis comarcal como la sevillana de Valencina de la Concepción (Escacena *et al.* 2018: 29), por lo que ahora resulta predecible la repetición futura en dicho enclave de este tipo de hallazgos.

AGRADECIMIENTOS

Artículo elaborado en el marco del Grupo Tellus (HUM-949 del PAIDI –Plan Andaluz de Investigación, Desarrollo e Innovación–), radicado en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla, y del Proyecto HAR2017-89004-P del Ministerio Español de Ciencia, Innovación y Universidades.

Agradecemos al profesor Miguel Cortés Sánchez, del referido Departamento, la información bibliográfica sobre la Cueva de la Araña. A la profesora Beatriz

Gavilán Ceballos debemos la noticia de la pieza de la Cueva de la Murcielaguina. Genaro Álvarez García, de la *Sociedad Espeleológica Geos*, nos ha proporcionado detalles de los primeros hallazgos en la Cueva Chica de Santiago, explorada en 1975. Francisco Javier Luengo Gutiérrez nos ayudó a en el estudio de los restos de fauna y Fernando Muñoz Guinea en la identificación de las rocas seleccionadas para usarlas como betilos. Agradecemos también a Esther Núñez Pariente de León la información sobre algunos detalles de la excavación de 1980.

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, P. (1995): “Las culturas del Neolítico y Calcolítico en Andalucía occidental”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, 8. Prehistoria y Arqueología*: 33-80.

ALMAGRO GORBEA, M. J. (1973): *Los ídolos del Bronce I Hispano (Bibliotheca Praehistorica Hispana XII)*. CSIC, Madrid.

ALMAGRO, M.; ARRIBAS, A. (1963): *El poblado y la necrópolis megalíticas de Los Millares (Santa Fe Mondújar, Almería) (Bibliotheca Praehistorica Hispana III)*. CSIC, Madrid.

BAYLISS, A.; BEAVAN, A.; BRONK RAMSEY, C.; DELGADO-HUERTAS, A.; DÍAZ-ZORITA, M.; DUNBAR, E.; FERNÁNDEZ FLORES, A.; GARCÍA SANJUÁN, L.; HAMILTON, D.; MORA-GONZÁLEZ, A.; WHITTLE, A. (2016): “La cronología radiocarbónica del *tholos* de Montelirio”, en Á. Fernández Flores et al. (eds.), *Montelirio. Un gran monumento megalítico de la Edad del Cobre*: 485-502. Junta de Andalucía, Sevilla.

BERNARDINI, P. (2008): “La morte consacrata. Spazi, rituali e ideología nella necropoli e nel *tofet* di *Sulky* fenicia e punica”, en X. Dupré et al.

(eds.), *Saturnia Tellus. Definizioni dello spazio consacrato in ambiente etrusco, italico, fenicio-punico, iberico e celtico*: 639-658. CNR, Roma.

BUENO, P.; DE BALBÍN, R. BARROSO, R. (2008): “Dioses y antepasados que salen de las piedras”, *Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico* 67: 47-61.

BUENO, P.; DE BALBÍN, R.; BARROSO, R.; CARRERA, F.; HUNT, M. (2016): “El arte y la plástica en el *tholos* de Montelirio”. Á. Fernández Flores et al. (eds.), *Montelirio. Un gran monumento megalítico de la Edad del Cobre*. Junta de Andalucía. Sevilla: 365-405.

DEL OLMO, G. (1998): *Mitos, leyendas y rituales de los semitas occidentales*. Trotta – Universidad de Barcelona, Madrid.

DELIBES, G.; ETXEBERRIA, F. (2002): “Fuego y cal en el sepulcro colectivo de “El Miradero” (Valladolid): ¿accidente, ritual o burocracia de la muerte?”, en M.A. Rojo y M. Kunst (eds.), *Sobre el significado del fuego en los rituales funerarios del Neolítico (Studia Archaeologica 91)*: 39-58. Universidad de Valladolid, Valladolid.

- DÍAZ DEL OLMO, F. (1987): "El relieve de Andalucía", en G. Cano (dir.), *Geografía de Andalucía*, vol. II: 11-92. Tartessos, Sevilla.
- EMSLIE, S.; MCKENZIE, A.C.; SHALLER, E. (2016): "Análisis de mercurio de los restos humanos del *tholos* de Montelirio". Á. Fernández Flores et al. (eds.), *Montelirio. Un gran monumento megalítico de la Edad del Cobre*: 449-454). Junta de Andalucía. Sevilla.
- ESCACENA, J. L. (2011-12): "El firmamento en un cuenco de cerámica. Viaje a las ideas calcolíticas sobre la bóveda celeste", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 37-38 (I): 153-194.
- (2015): "Cielos fosilizados", *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 33: 43-61.
- (2016): "Rasguños faciales por luto, o sobre el «tatuaje» de los idolillos calcolíticos hispanos", en J. García Sánchez et al. (eds.), *Navigare necesse est. Jornada científica dedicada a José María Luzón Nogué*: 99-116. Universidad Complutense, Madrid.
- (2018): "Orantes neolíticos de Andalucía. Imágenes sobre vasijas de cerámica", *Boletín del Museo Arqueológico Nacional* 37: 25-42.
- ESCACENA, J. L.; FLORES, M. (2019): "El cielo implorado. Orantes calcolíticos de Piedrahíta (Montellano, Sevilla) y su contexto arqueológico", *Complutum* 30 (1): 107-130.
- ESCACENA, J. L.; RONDÁN, I.; FLORES, M. (2018): "El gran cementerio. Hacia una nueva interpretación de la Valencina calcolítica", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 44: 11-34.
- FALSONE, G. (1993). "An ovoid betyl from the Tophet at Motya and the Phoenician tradition of round cultic stones", *Journal of Mediterranean Studies* 3 (2): 247-285.
- GARCÍA RIVERO, D.; ESCACENA, J. L. (2015): "Del Calcolítico al Bronce Antiguo en el Guadalquivir inferior. El Cerro de San Juan (Coria del Río, Sevilla) y el 'modelo de reemplazo'", *Zephyrus* 76: 15-38.
- GAVILÁN, B. (1985): "Alisador grabado procedente de la Cueva de la Murcielaguina (Priego de Córdoba)", *Ifigea* II: 173-176.
- (1986): "Informe sobre la excavación arqueológica de urgencia en el yacimiento de «Sierra Palacios» (Belmez, Córdoba)", *Anuario Arqueológico de Andalucía / 1986. III, Actividades de Urgencia*: 121-123.
- GAVILÁN, B. y ESCACENA, J. L. (2009). Acerca del primer Neolítico de Andalucía occidental. Los tramos medio y bajo de la cuenca del Guadalquivir. *Mainake*, XXXI, 311-351.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. (1997): "Situación política de Israel en el siglo VIII", en S. Ausín (dir.): *De la ruina a la afirmación. El entorno del reino de Israel en el siglo VIII a.C.*: 19-38. Verbo Divino, Estella.
- GUILAINE, J. (1994): *La mer partagée. La Méditerranée avant l'écriture. 7000-2000 avant Jésus-Christ*. Hachette, Paris.
- HARRIS, E. C. (1991): *Principios de estratigrafía arqueológica*. Crítica, Barcelona.
- HERNÁNDEZ DÍAZ, J.; SANCHO CORBACHO, A.; COLLANTES DE TERÁN, F. (1939 ss.): *Catálogo arqueológico y artístico de la provincia de Sevilla*. Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional, Sevilla.
- HURTADO, V.; MONDÉJAR, P.; PECERO, J. C. (2000): "Excavaciones en la tumba 3 de La Pijotilla", *Extremadura Arqueológica* VIII: 249-266.
- LINARES, J. A.; MORA, C. (2018): "El Dolmen de Soto 1, Huelva. Arqueología del monumento", en P. Bueno et al. (eds.), *Símbolos de la muerte en la Prehistoria reciente del sur de Europa. El Dolmen de Soto, Huelva. España*: 98-131. Junta de Andalucía, s.l.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1985). *Papa Uvas I. Aljaraque, Huelva. Campañas de 1976 a 1979*. Excavaciones Arqueológicas en España, 136. Madrid: Ministerio de Cultura.
- MARTÍNEZ GARCÍA, J. (1981): "El conjunto rupestre de la Rambla de Gérgal (Gérgal, Almería). Nuevos descubrimientos y apreciaciones cronológicas", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 6: 35-73.

- MÉNDEZ, E. (2013): "La cueva artificial de La Huera (Castilleja de Guzmán, Sevilla)", en L. García Sanjuán et al. (ed.), *El asentamiento prehistórico de Valencina de la Concepción (Sevilla): Investigación y tutela en el 150 aniversario del descubrimiento de La Pastora*: 293-319. Universidad de Sevilla, Sevilla.
- MOLINA, A.; MAS, M.; GAVILÁN, B.; VERA, J. C. (1999): "El arte de las primeras sociedades productoras en Andalucía central (Sierras Subbéticas cordobesas)", en J. Bernabeu y T. Orozco (eds.), *II Congreso del Neolítico a la Península Ibérica (Sagvntvm-PLAV, Extra-2)*: 413-419. Universitat de València, València.
- MOLINA, F.; CÁMARA, J.A.; DORADO, A.; VILLARROYA, M. (2017): "El fenómeno campaniforme en el Sudeste de la Península Ibérica: el caso del Cerro de la Virgen (Orce, Granada)", en V.S. Gonçalves (ed.), *Sinos e taças junto ao Oceano e mais longe. Aspectos da presença campaniforme na Península Ibérica (Estudos & Memórias 10)*: 258-276. UNIARQ, Lisboa.
- ORIA, M.; MANCEBO, J.; FERRER, E.; ESCOBAR, B.; GARCÍA, E.; RODRÍGUEZ, A.; VELASCO, F.; Sierra, F.; Pérez, A.; Otero, P. (1990): *El poblamiento antiguo en la Sierra Sur de Sevilla: zona de Montellano*. Ayuntamiento de Montellano, Sevilla.
- PASCUAL, J. L. (2002): "Incineración y cremación parcial en contextos funerarios neolíticos y calcolíticos del este peninsular al sur del Xúquer", en M.A. Rojo y M. Kunst (eds.), *Sobre el significado del fuego en los rituales funerarios del Neolítico (Studia Archaeologica 91)*: 155-189. Universidad de Valladolid, Valladolid.
- POLVORINOS, Á.; GARCÍA SANJUÁN, L.; HERNÁNDEZ ARNEDEO, M. J.; ALMARZA, J. (2001): "Análisis arqueométrico de posibles objetos culturales prehistóricos de Almadén de la Plata (Sevilla)", *IV Congreso Nacional de Arqueometría*: 1-7. Madrid.
- RAMOS, J. (2004): "Los niveles neolíticos del Abrigo 6 del Complejo del Humo La Araña - Málaga", *II - III Simposios de Prehistoria Cueva de Nerja*: 52-66. Fundación Cueva de Nerja, Málaga.
- RAMOS, J.; AGUILERA, R. (2004): "El Calcolítico en La Araña (Málaga)", *II - III Simposios de Prehistoria Cueva de Nerja*: 273-280. Fundación Cueva de Nerja, Málaga.
- RAMOS, J.; GILES, F. (1996): *El Dolmen de Albeirite (Villamartín). Aportaciones a las formas económicas y sociales de las comunidades neolíticas en el noroeste de Cádiz*. Cádiz, Universidad de Cádiz - Ayuntamiento de Villamartín.
- RIBICHINI, S. (1985): *Poenus advena. Gli dei fenici e l'interpretazione classica*. CNR, Roma.
- RUIZ MATA, D. (1975): "Cerámicas del Bronce del poblado de Valencina de la Concepción (Sevilla): los platos", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid 2*: 123-149.
- SECO, I. (2010): *Piedras con alma. El betilismo en el mundo antiguo y sus manifestaciones en la Península Ibérica (Spal Monografías XIII)*. Universidad de Sevilla – Universidad Autónoma de Madrid, Sevilla.
- SEGARRA, D. (1997): "La alteridad ritualizada en la ofrenda", *Habis 28*: 275-298.
- STOCKTON, E. D. (1974-75): "Phoenician cult stones", *The Australian Journal of Biblical Archaeology 2* (3): 1-27.
- VALERA, A. C.; SILVA, A. M.; CUNHA, C.; SHAW EVANGELISTA, L. (2014): "Funerary practices and body manipulation at neolithic and chalcolithic Perdigões ditched enclosures (South Portugal)", en A. C. Valera (ed.), *Recent Prehistoric Enclosures and Funerary Practices in Europe (BAR Intern. Ser. 2676)*: 37-57. Archaeopress, Oxford.
- VERA, J. C. (1999): *El Calcolítico en el alto valle del Guadiato: los hábitats y las necrópolis prehistóricas del entorno de Sierra Palacios* (Ediciones en microficha nº 189). Universidad de Córdoba, Córdoba.
- XELLA, P. (1987): "*Imago mortis* nella Siria antica", en P. Xella (coord.), *Archeologia dell'Inferno. L'Aldilà nel mondo antico vicino-orientale e classico*: 117-145. Essedue, Verona.